

Jóvenes contemporáneos. La historia y la subjetividad¹

Graciela Castro²

Resumen

Tal como afirma Ágnes Heller, “la vida cotidiana es el centro de la historia”. De allí que, si se entiende esta última con la característica de permanente dinamismo, es posible transferir dicho aspecto a la esfera de la cotidianidad junto a la complejidad que también la emparenta con la historia. Es esta misma vinculación la que permite identificar la vida cotidiana como un sistema abierto, atravesado por variables externas e internas del propio sujeto y en una búsqueda necesaria de equilibrio que le permita a este lograr la autonomía o sucumbir a la alienación.

Si se comprende que es en la propia esfera de la vida cotidiana donde se construyen la identidad social y la subjetividad, es interesante detenerse a analizar qué sucede con las juventudes en la construcción de tales aspectos.

A partir de la vinculación entre la historia y la vida cotidiana, se busca reflexionar y analizar el modo en que ambas instancias influyen en las culturas juveniles a partir de considerar lo que sucede en dicho colectivo sociogeneracional en la elaboración de los aspectos constitutivos de la esfera de la vida cotidiana.

Palabras clave: juventud, vida cotidiana, historia.

Abstract

As Ágnes Heller says , " everyday life is the center of history." Hence , if the latter is understood to feature permanent dynamism, this aspect can be transferred to the sphere of everyday life with the complexity also relates it to the history . Is this the same link that identifies daily life as an open system, external and internal crossed by the subject itself and a necessary search for balance that allows this achieve autonomy or succumb to alienation variables.

¹ Una versión preliminar de este texto fue presentada en las 1^{as} Jornadas de Sociología, organizadas por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Cuyo en 2013.

² Dra. en Psicología (FICES/UNSL). Profesora Titular en la (FICES/UNSL). Investigadora en temas de ciencias sociales (FICES/UNSL). Email: graycastro@speedy.com.ar; gcastro@fices.unsl.edu.ar.

If you understand that it is in the proper sphere of everyday life where social identity and subjectivity are constructed , it's interesting to stop and analyze what happens to youths in the construction of such aspects .

From the linkage between history and everyday life , seeks to reflect and analyze how both instances influence youth cultures from considering what happens in that sociogeneracional group in developing the constituent aspects of the field of everyday life

Keywords: youth, everyday life, history

Los parecidos de familia

En muchas ocasiones se torna una expresión común identificar a las juventudes con el futuro. De allí las expresiones “construir un país mejor para los jóvenes, una sociedad más justa para los jóvenes, un mundo más habitable para los jóvenes...”, pero todo proyectándolo al futuro. Con lógica y sentido de la realidad, los propios jóvenes reclaman aquello que los adultos les prometen: un futuro que se vuelva posible en el presente. En este tiempo cronológico requieren educación, salud, bienestar, justicia, dignidad; en definitiva, una sociedad que no los excluya ni los estigmatice por el solo hecho de pertenecer al colectivo sociojuvenil.

En esta breve introducción ya es posible advertir algunos aspectos teóricos que resultan de interés para el análisis científico. En primer lugar, vale considerar la categoría “vida cotidiana” como un aspecto central. Esta permite focalizar la mirada en aquellos microespacios sociales que en ocasiones pueden resultar intrascendentes, pero al mismo tiempo transformarse en una esfera de suma importancia para tratar de analizar y comprender hechos y comportamientos que dejan marcas en el devenir de la historia personal y colectiva.

El acercamiento a este espacio de análisis puede ser efectuado desde la comprensión ingenua que se ejercita en la vida diaria o desde la que proviene de las ciencias sociales. La diferencia sustancial entre ambas miradas está dada en que en el primer acercamiento la vida cotidiana se limita a ser *vivenciada*, mientras que realizar la comprensión como cientista social implica *reflexionar* sobre la misma.

La otra categoría que se incorpora en este análisis es “juventud”, la cual, como objeto de estudio de las investigaciones científicas, se vincula con situaciones que provienen de

un momento histórico, social y político, como son las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial, que mostraron la emergencia de factores conducentes a la tematización de la juventud, entre ellos el consumo, el incremento de los medios de comunicación, la situación de las familias tras la guerra y los cambios en la educación.

Entre ambas categorías se advierten *parecidos de familia* que las acercan, en particular a partir de incorporar dos ejes: el tiempo y el espacio. Si la vida cotidiana es el centro de la historia –en términos hellerianos–, el estudio de la juventud está estrechamente relacionado con momentos históricos, sociales y políticos. Por otro lado, si se comprende la vida cotidiana como un sistema abierto donde influyen aspectos que provienen del contexto, a las juventudes, por su parte, se las define como un colectivo sociogeneracional precisamente a partir de la incidencia que en su construcción tienen aspectos culturales, sociales, económicos y políticos; concepción esta que lleva a superar los límites etarios en su definición.

La categoría de *vida cotidiana*

En los escritos de autores marxistas tales como Lefebvre, Lukács y Kosik, el concepto de vida cotidiana fue adquiriendo importancia. El estudio de esta categoría de análisis ha estado estrechamente vinculado con el contexto social. En este sentido, la emergencia de crisis producidas por alteraciones políticas y económicas ha dejado su impronta en la construcción de la cotidianidad. A propósito de ello, en *La revolución de la vida cotidiana* (1994), Ágnes Heller afirma que el concepto de vida cotidiana iba asumiendo una creciente importancia para los autores de orientación marxista frente a los nuevos aspectos que por entonces se observaban tanto en el mundo capitalista como en el socialista.

En el mundo capitalista en relación con el final abrupto de la época optimista y llena de ilusiones que siguió de manera inmediata a la derrota del fascismo. Y en relación también, por supuesto, con el hecho de que esa derrota no trajo consigo la esperada nueva Europa de izquierda. (1994: 7)

Héller afirma que “la vida cotidiana es la vida de *todo* hombre, la vive cada cual, sin excepción alguna, cualquiera que sea el lugar que le asigne la división del trabajo

intelectual y físico” (1985: 39), y agrega: “es la vida del hombre *entero*, o sea: el hombre participa en la vida cotidiana con todos los aspectos de su individualidad, de su personalidad”. En años posteriores Goffman, Cicourel y Garfinkel, entre otros autores, centran sus análisis en la vida cotidiana entendiéndola “como el tejido obvio y normal de la comprensión del mundo y de los otros, en los cuales tales prácticas se realizan sin esfuerzo y sin atención” (Wolf, 1988: 14).

En este texto, la vida cotidiana se define como “la esfera donde se conjugan elementos propios y externos a cada persona y en la que se construye la identidad social y la subjetividad” (Castro, 1999: 13). Es fácil advertir en esta definición la vinculación de la categoría con un sistema abierto, apelando a esta analogía a partir de la teoría prigoginiana (1996) y su estudio de las estructuras disipativas y su alejamiento del equilibrio. Retomando nuestra categoría, se la considera un sistema abierto por cuanto, al estar atravesada por aspectos que provienen del contexto social y los personales, también se aleja del equilibrio, de la certidumbre constante. El primer componente, esto es, la identidad social, se va conformando a partir de la influencia ejercida por las instituciones dominantes (Castro, 2000). Entre estas instituciones están la familia, la educación, la religión, la sociedad civil (la política, los medios de comunicación, las organizaciones sociales). A través de los procesos de socialización, cada una de ellas transmite valores, actitudes, modos de actuar que cada persona incorpora como propios y así, y a lo largo de su vida, puede adquirir las identidades sociales que su desarrollo sociocultural le ofrece.

La subjetividad comprende la elaboración del yo y forma parte de un proyecto social-histórico que, según Castoriadis (1990), implica la creación incesante de significaciones del mundo y la sociedad. Este proyecto sobrepasa la intersubjetividad en tanto pone en juego la autonomía psíquica de la persona y la existencia de pluralidades sociales con las normas y valores que son reflejo de cada etapa histórica. En expresión de Guattari, la subjetividad “es esencialmente fabricada y modelada en el registro de lo social” (2006: 46). Desde esta perspectiva, el peso de las instituciones a través de diversos mecanismos –que van desde lo discursivo, lo social, lo tecnológico, hasta los medios de comunicación, las prácticas políticas– actúa regulando las relaciones interpersonales y las prácticas culturales.

El mundo de la vida cotidiana no es un mundo privado; desde el comienzo es un mundo intersubjetivo, compartido con los semejantes. Como afirma Schütz:

una vez supuesta la existencia del tú. Ya hemos entrado en el terreno de la intersubjetividad. El individuo vivencia entonces el mundo como algo compartido por sus congéneres, es decir como un mundo social. (1993: 169)

Al considerar la vida cotidiana como un sistema abierto se puede advertir cierta analogía con las ideas prigoginianas acerca del estudio de la termodinámica y algunos de los principios que la identifican: la irreversibilidad y el equilibrio. No es posible concebir un sistema con las mismas condiciones iniciales sin que haya habido intervenciones externas. “La vida sólo es posible en un universo alejado del equilibrio” (Prigogine, 1996: 30). Es justamente esta noción de los sistemas alejados del equilibrio la que condujo al investigador belga a una concepción diferente acerca del *caos*. Al dedicar sus estudios a los sistemas abiertos, dinámicos, la teoría prigoginiana del caos no lo identifica con la noción de destrucción, sino de creación. Desde la perspectiva prigoginiana, la mayoría de los sistemas son inestables, alejados del equilibrio: su imprevisibilidad contiene aspectos caóticos que de ninguna manera implican procesos de destrucción, sino que, por sus características de sistemas dinámicos, promueven la innovación.

Recurrir a la teoría prigoginiana no resulta casual, pues se parte de considerar la categoría de vida cotidiana como un sistema abierto que recibe influencias que provienen del exterior a partir de elementos sociales, culturales, políticos, económicos y ambientales. Junto a ellos están las características propias de cada sujeto, aquellas que hacen a su desarrollo psicológico personal. La conjunción de estos elementos torna complejo el sistema con el cual se comprende la vida cotidiana. Nadie puede pensar que el aporte de cada uno de esos elementos sigue una única dirección o sentido; cada uno es complejo en su constitución, pues existe entre ellos estrechas vinculaciones. Al influir en la construcción de la vida cotidiana, la tornan un sistema abierto, dinámico, alejado del equilibrio. Cada hombre va construyendo a través de la existencia su vida cotidiana y, por lo tanto, no es posible predecir su futuro, pero al mismo tiempo está la certeza de que ese futuro no será una repetición del pasado. En el futuro está la incertidumbre que proviene de la innovación, de la posibilidad de cada uno de construir su vida cotidiana. Y esa posibilidad está vinculada con la evolución de la historia. Si se la considera como el centro de la historia, los cambios que sucedan en ella afectarán la construcción de la primera categoría. De tal manera, la historia sería –en términos

goffmanianos– el *frame*, los marcos, y “constituyen los modos en que se cataloga y se vive la experiencia que los actores tienen de la realidad (social o no)” (Wolf, 1979: 40). Son los marcos los que permitirán definir las situaciones de la interacción. Desde esta perspectiva, los hechos y circunstancias que caracterizan cada tiempo histórico van a ir definiendo las maneras en que cada sujeto puede construir su vida cotidiana.

La juventud como objeto de estudio de las investigaciones científicas se vincula con situaciones que provienen de un momento histórico, social y político, como son las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial, que mostraron la emergencia de factores conducentes su tematización, entre ellos el consumo, el incremento de los medios de comunicación, la situación de las familias tras la guerra y los cambios en la educación.

Al analizar la categoría “juventud” es preciso pluralizar su concepción, y ello tampoco se presenta como casualidad o simple retórica: esta noción coloca en escena la intervención de aspectos culturales, políticos, económicos y personales que vuelven heterogénea la construcción del colectivo juvenil. De esta manera, la definición de la categoría se enriquece al tomar en consideración la influencia del contexto para acercar el análisis a una percepción más adecuada. Al mismo tiempo, y tras los pasos de esos parecidos de familia entre las categorías señaladas, las juventudes tienen la característica de dinamismo en su construcción, y tal vez de allí provengan ciertos perfiles que vinculan al colectivo sociogeneracional con las búsquedas ideológicas que en ocasiones molestan a algunos adultos.

El transcurrir de las juventudes no resulta exento de crisis. La denominación que desde las ciencias sociales se mencionaba como moratoria para identificar la etapa sociogeneracional como el tiempo en que cual se dispondría de cierta dispensa para incorporarse a un mundo adulto ha sido modificada por las urgencias sociales y económicas. Es esta circunstancia precisamente la que resulta de la influencia del contexto histórico y social en el cual las juventudes tienen que desarrollar su existencia.

Ello las aleja, al igual que en la concepción de la vida cotidiana, de la situación de equilibrio permanente. Las demandas sociales, económicas y culturales han colocado a las juventudes en la necesidad de buscar armonía en la elaboración de la subjetividad en medio de crisis sociales y políticas que las tuvieron como protagonistas. Construir la subjetividad y la identidad social siempre ha estado en estrecha relación con los momentos históricos que han atravesado la vida en sociedad: tanto las instituciones dominantes –como espacios de desarrollo de la identidad social– como los artefactos

que la sociedad pone en acción para la construcción de la subjetividad han sentido sobre sí el peso de las contingencias históricas, ya sea modificando las características de dichas instituciones o la presencia de aquellos elementos que han influido en la subjetividad. Los cambios sociohistóricos y culturales fueron modificando las maneras en que los jóvenes desarrollaban su vida en sociedad: junto a las demandas del mercado y el ejercicio de funciones sociales, la noción de moratoria fue superada por las contingencias históricas. De allí que las juventudes hayan tenido que ir incorporando en sus prácticas otros modos de relacionarse e involucrarse socialmente.

Las dos categorías señaladas –las juventudes y la vida cotidiana– coinciden en ser esferas y momentos alejados del equilibrio, pues ambas –al ser asimiladas a sistemas abiertos– se caracterizan por estar alejadas del inmovilismo y la repetición en sus modos de construirse y desarrollarse. Por estas razones –frente a las situaciones que alteran la construcción de estos sistemas y producen las esperables crisis–, ni la desestructuración de la vida cotidiana ni las alteraciones en las juventudes finalizan, de ningún modo, en la destrucción, sino que, por el contrario, tras cada crisis –en la que está presente el papel del contexto y las variables que provienen de él– se producen nuevas búsquedas, resignificación de los hechos o circunstancias históricas y culturales, y se asoman alternativas en las relaciones sociales. Así la historia va marcando la construcción de la vida cotidiana y las juventudes. Sería apropiado preguntarse acerca de las razones por las cuales tanto la vida cotidiana como las juventudes atraviesan crisis. Tal como se afirmó en párrafos anteriores, es en la esfera de la vida cotidiana donde se construye la identidad social, y en este sentido es fundamental la vinculación con las instituciones dominantes, entre ellas la familia, la educación, la religión, la sociedad civil (la política, los medios de comunicación, las organizaciones sociales). Ahora bien, como es conocido, a través de los años se ha podido observar las distintas modificaciones que han atravesado a las instituciones dominantes: por ejemplo, en la familia han influido las cuestiones de género, las denominadas familias ensambladas, las mujeres como cabeza de familia, entre otras situaciones. Todo ello produjo desestructuración en la vida cotidiana, poniendo en evidencia la estrecha relación de esta esfera con aspectos que provienen del contexto social. Modificaciones similares se pueden advertir en las otras instituciones, que llevan a que la identidad social adquiera otras características. En el caso de las juventudes, desde la psicología se conocen razones que explican momentos de crisis ya sea por temas de género, existenciales y evolutivos. A ello deben

agregarse aquellas que se originan por cuestiones sociales, económicas y culturales. Estas situaciones podrían relacionarse con lo que, en términos prigoginianos, sería el caos que implica un proceso de dinamismo y creación de nuevas instancias. En otros términos, lo que planteaba el premio nobel de química era la posibilidad de considerar que la inestabilidad que produce el caos permite pensar en la probabilidad de construir nuevas alternativas. De modo análogo, los jóvenes –frente a las situaciones y circunstancias que les producen crisis– buscan superar las incertidumbres y los desequilibrios a través de comportamientos que, en numerosas ocasiones, superan los modos tradicionales de enfrentarlos y pueden ocasionar resistencias en ciertos grupos. Si se habla de sistemas alejados del equilibrio, se habla también de crisis, de no contar con certezas para el futuro. Desde esta perspectiva cuando se hace referencia a la incertidumbre hay dos aspectos que deben considerarse: el sujeto y el tiempo. Ya sea que se trate de una relación interpersonal o una red de relaciones colectivas, con características intimistas, profesionales, comerciales o políticas, siempre están los actores sociales que asumirán el rol de emisor o receptor en el proceso comunicacional de acuerdo con las circunstancias. El “otro” es una presencia que puede generar incertidumbre, y, para poder establecer una relación de confianza, se debe comenzar por entregarla uno mismo. ¿Cómo definir entonces a la confianza? Norbert Lechner, en *El realismo político: una cuestión de tiempo*, la definió como

Una relación intersubjetiva que se desarrolla en la interacción social a través de una secuencia temporal (la confianza es ofrecida, aceptada y devuelta, probada y confirmada). (1987: 64)

A través de la confianza se le comunica al otro una autorrepresentación de sí mismo y se expresa un compromiso de actuar de determinada manera en el futuro. El otro puede responder a esta confianza o rechazarla, pero, en cuanto se establece la relación mediada por este sentimiento, existe una obligación recíproca de mantenerla. Cuando se produce un abuso de confianza y se traspasan ciertos límites, la ruptura de la relación es la consecuencia que sobreviene a la desconfianza.

La confianza no elimina la incertidumbre, pero permite tolerar un mayor grado de inseguridad. La inseguridad externa es compensada mediante una seguridad interna. (Lechner, 1990: 79)

La confianza es necesaria para regular los intercambios políticos, hacer funcionar la economía y mantener el tejido social. Los cambios producidos en el mundo en las últimas décadas han afectado la confianza de los actores sociales, produciendo un repliegue hacia los microespacios que perjudican la economía, las relaciones sociales y el establecimiento de una vida en democracia. Bajo la última dictadura argentina, la mayoría de los habitantes del país se recluyeron en sus ámbitos privados por cuanto ellos se transformaban en espacios de protección frente al terror, la persecución y el miedo. Como afirmaba Lechner, retomando el concepto propuesto por Guillermo O'Donnell para Argentina, el autoritarismo generó la *cultura de miedo*, debido “a las violaciones de derechos humanos como una experiencia masiva y diaria” (Lechner, 1990: 88). Estas situaciones tiñeron las relaciones interpersonales de incertidumbre, señalando al “otro” como peligroso y carente de confianza para mantener relaciones sociales armónicas.

Las relaciones sociales que se instauran en las instituciones de la modernidad reclaman la confianza como mediación esencial. Para confiar en el otro se debe partir de lograr la confianza individual, que se origina en el sentimiento de confianza básica que es la condición primordial para la elaboración de la identidad del yo. Desde la teoría ericksoniana del desarrollo psicosocial, la confianza constituye el primer estadio en el proceso de construcción de la organización del espacio y el tiempo. Esta etapa evolutiva tiene su origen en la aceptación emocional por parte del niño de *confiar* en que las figuras parentales o cuidadoras regresarán aunque momentáneamente no se hallen presentes. La confianza básica es un dispositivo que permite la protección contra los riesgos y peligros en las relaciones de interacción personal y social:

Es el apoyo emocional más importante de un caparazón defensivo o *coraza protectora* que todas las personas normales llevan consigo como medio que les permite salir adelante en los asuntos de la vida cotidiana. (Giddens, 1995: 56-57)

La creatividad asume un papel de suma importancia, pues manifiesta una disposición a aceptar nuevas experiencias y significa la capacidad de actuar en forma innovadora vinculada con los modos de relación ya establecidos. La confianza básica será la

mediación que posibilite pensar y actuar de manera diferente ante nuevas situaciones sin que esto implique angustia.

Ágnes Heller, al analizar la modernidad occidental, acuña el término “sociedad insatisfecha” vinculando dicho estudio con el modo de comprender las necesidades. Al respecto, afirma que la forma moderna de creación, percepción y distribución de las necesidades “aumenta la insatisfacción independientemente de que cualquier necesidad concreta se vea realmente satisfecha”, y agrega que la insatisfacción actúa como fuerza motivadora en “la reproducción de las sociedades modernas” (1994: 162-163). Desde esta perspectiva, ya no se consideran sólo aquellas necesidades entendidas como básicas para la supervivencia del hombre en el mundo, sino que, a partir del capitalismo, se han ido incorporando otros elementos que superan las tradicionales necesidades básicas y emergen las que podrían denominarse necesidades sociales. En este sentido, los consumos culturales no sólo definen pertenencias, sino que la lucha por su apropiación se constituye en espacios de insatisfacción.

La cotidiana vida en la Argentina contemporánea y las juventudes

Argentina vivió, a partir de la década de 1970, situaciones que afectaron sustancialmente la construcción de la cotidianidad. De tal manera, la vida cotidiana se tematiza como categoría de análisis en los momentos en que la subjetividad fue invadida por la violencia, el miedo y la sospecha que caracterizaron los modos de vida en Latinoamérica durante esos años. El mundo privado estaba aherrojado por el mundo público, y el mundo público estaba ocupado por el autoritarismo. Si bien la dictadura no diferenció a sus víctimas por edad o género, la historia muestra que los jóvenes fueron quienes soportaron con mayor crudeza las atrocidades y persecuciones. Ser joven pasó a ser por aquellos años sinónimo de peligrosidad para el régimen. Así, la incertidumbre y el miedo se volvieron recurrentes para este colectivo, al tiempo que se desestructuraba la vida cotidiana de gran parte de los ciudadanos.

Durante la década de 1980 comenzó el reingreso de los países latinoamericanos al sistema democrático. El 10 de diciembre de 1983, con la carga simbólica que significaba la fecha y reiterando como *un rezo laico* el preámbulo de la Constitución argentina en cada acto de campaña, el gobierno radical inició su período de gobierno.

Una vez más, los jóvenes fueron protagonistas decisivos en la vida democrática: los partidos políticos junto a los organismos de derechos humanos se transformaron en espacios de amplia participación.

El ámbito de la educación ocupó un lugar destacado en las políticas del nuevo gobierno, y las universidades ampliaron su matrícula al tiempo que recuperaban la motivación por la militancia estudiantil. Durante el gobierno de Raúl Alfonsín, la militancia política juvenil tuvo un lugar destacado a través de la Coordinadora de la Juventud Radical, mientras se consolidó la hegemonía de la agrupación Franja Morada en la universidad pública. Tal como asevera Arriondo, a partir de la gestión radical el movimiento estudiantil comenzó a reclamar la reapertura de los centros:

Las agrupaciones comienzan a rearticularse en base a pequeños grupos de estudiantes, se destacan en este periodo las corrientes predominantes en la etapa previa a la dictadura como Franja Morada, MOR, el Movimiento Nacional Reformista, en tanto que la JUP tiene una recuperación mucho más lenta. (Arriondo, 2011: 6)

Cecilia Braslavsky afirma que

en 1983 los jóvenes parecen haber visto en la propuesta de la Unión Cívica Radical la alternativa nueva, distinta a la última y trunca propuesta democrática y opuesta al modelo autoritario en el que fueron educados. (1986: 77)

Con el transcurrir del tiempo las promesas electorales se tornaron difíciles de cumplir. Junto a los intereses de las corporaciones, los compromisos económicos internacionales y las demandas de la ciudadanía, el gobierno de Alfonsín no pudo cumplir con las expectativas que amplios sectores de la sociedad habían depositado en su plan de gobierno. Estas circunstancias fueron inclinando el estado de ánimo de los argentinos hacia el descontento, produciendo en algunos sectores una actitud de rechazo que confundía peligrosamente gobierno con sistema, reforzado ello con espasmódicas presencias de fantasmas autoritarios.

Hasta el año 1987, la sociedad argentina estuvo muy movilizada a partir de las expectativas que la mayoría había depositado en el gobierno radical. Sin embargo, tras las amenazas de grupos militares, junto al peso de corporaciones económicas y

sindicales, en 1989, en medio de momentos de hiperinflación, Alfonsín deja anticipadamente el poder.

Ante el desencanto observado en una parte importante de la sociedad argentina –en los noventa–, el discurso populista y la consecuente *mise en scène* que proponía el candidato a la presidencia por el partido justicialista, el humor ciudadano halló en él la vía propicia para retornar el péndulo hacia el reencantamiento. Se inició así una cierta etapa de euforia cargada de promesas de bienestar, pero, a poco de andar, la adopción por parte del gobierno de Carlos Menem de determinadas medidas económicas puso una luz roja a las promesas electorales. A medida que pasaron los años, los argentinos fueron incorporando a su discurso diario palabras tales como “privatización”, “reforma del Estado”, “mercado”, llegando a tornarse este último en un fetiche. Por su parte, las relaciones interpersonales también fueron adquiriendo los matices propios de la mercantilización, donde la creación de necesidades y su consecuente satisfacción marcaron diferencias y desigualdades hacia el interior de la sociedad. Sin dudas esa mercantilización de las relaciones y la posibilidad de seguir contando con determinados satisfactores fueron motivos fundamentales para la continuidad del gobierno justicialista en el poder formal. Afianzado con el aval que significó la reelección, el gobierno continuó profundizando las medidas de ajuste económico, y nuevamente el atribulado ciudadano debió incorporar otras palabras a su discurso diario, pero en esta ocasión sin la carga de fantasías propias de condiciones económicas más favorables. “Desempleo”, “precarización” y “flexibilización” pasaron a ser no sólo nuevos vocablos, sino esencialmente situaciones vivenciadas cada vez más por amplios sectores de la sociedad argentina. La profundización del ajuste también trajo consigo la exclusión social, y la pobreza adquirió imágenes patéticas que condujeron a protestas sociales, las cuales mostraron que el descontento esta vez rozaba los modos habituales de hacer política. El descreimiento y la desconfianza hacia la clase política y las organizaciones sindicales permitió la conformación de nuevos movimientos sociales de protesta. A la crisis generalizada se agregó la violencia y particularmente una ominosa situación de impunidad en esferas relacionadas con el poder formal. En la década del noventa la situación de los jóvenes evidenciaba que casi cien mil de quienes se hallaban entre los 15 y 24 años estaban desocupados, mientras que, de 6.5 millones de jóvenes, un 40% vivía por debajo de la línea de pobreza.

A pesar de que el gobierno de la Alianza, encabezado por Fernando de la Rúa, asumió su mandato casi al inicio del nuevo siglo rodeado de gran expectativa ciudadana en superar las graves consecuencias sociales que había dejado la aplicación de políticas neoliberales durante el menemismo, no superó el año 2001. La crisis había llegado a su clímax: las calles se transformaron en el escenario apropiado para asambleas populares, y la consigna “que se vayan todos” se fue generalizando. Los políticos fueron responsabilizados por la crisis y repudiados. La respuesta del gobierno nacional fue la represión. La imagen del presidente De la Rúa abandonando la casa de gobierno en helicóptero pasaría a ser parte de la historia contemporánea de Argentina. Entre la apatía política a la que había conducido la aplicación de políticas neoliberales durante los noventa y el desencanto frente a la ausencia de referentes sociales, los jóvenes volvieron a ser parte de los habitantes que –de modo inorgánico y alejados de todo partido político– ocuparon las calles como expresión de protesta ante una de las mayores crisis socioeconómicas y políticas de los últimos años.

Tras una sucesión de cinco ocupantes del sillón presidencial durante pocos días, el congreso nacional designó a Eduardo Duhalde como presidente, quien dos años más tarde dejó su cargo con un elevado nivel de pobreza, desempleo y la trágica muerte de dos jóvenes –Kosteki y Santillán– que participaban en una protesta social. Hasta ese momento, para una gran mayoría de los ciudadanos, y en particular para el colectivo sociojuvenil, la participación política no estaba entre las actividades que motivaban su comportamiento. Torcuato Di Tella afirma que

la participación es el conjunto organizado de acciones tendientes a aumentar el control sobre los recursos, decisiones o beneficios, por personas o grupos sociales que tienen niveles de injerencia relativamente menores dentro de una comunidad u organización. (1989: 35)

Mientras que Verba y Nie –citados por Alford y Friedland (1991)– definen la participación política como

actividades realizadas por ciudadanos privados que más o menos directamente apuntan a influir en la selección del personal gubernamental y/o en las acciones de ese personal. (1972: 2)

Al comienzo del año 2002, desde el proyecto de investigación “Culturas juveniles”, en la Universidad Nacional de San Luis (Argentina) se observó que los jóvenes no tenían entre sus preocupaciones principales las situaciones que provienen del entorno social, ya sea político o cultural, sino que el ámbito familiar concitaba la mayor preocupación. Había interés por el ámbito más cercano, identificado también con los afectos, la contención emocional y el apoyo económico (Castro, 2003). En el citado proyecto también se conoció –a través de informaciones proporcionadas por los jóvenes– que no participaban en ningún ámbito público: ni en centros de estudiantes, ni en partidos políticos, ni en ONG. En el ámbito de la universidad manifestaban que, si bien podría interesarles estar informados acerca de lo que sucedía allí, en las elecciones votaban en blanco; igual actitud presentaban en relación con lo político (Castro, 2003).

En 2003, con algo más del 22% de los votos, asumió la presidencia Néstor Kirchner. Por aquellos años, 5 de cada 10 jóvenes se encontraban con dificultades para conseguir empleo o con un trabajo precario (Veza y Bertranou, 2011). Por su parte, los datos del INDEC mostraban que el 19% de los jóvenes argentinos con edades comprendidas entre los 15 y los 24 años no estudiaba ni trabajaba. Este porcentaje equivale a más de un millón de jóvenes excluidos del trabajo y la educación. Enmarcadas en ese contexto, las juventudes ya ni podían esperar un lugar en el futuro. En medio de una grave crisis socioeconómica, el nuevo gobierno inició un proceso de restauración de las políticas sociales con sentido de equidad. Asimismo, enfrentó –por fuera de las recetas ortodoxas típicas del neoliberalismo– las agudas dificultades económicas. Sin entusiasmo masivo, las juventudes parecían recuperar su visibilidad.

En 2007 inició su primer período de gobierno Cristina Fernández de Kirchner. Aunque la situación social ya no era la de principios de la década y algunas deudas sociales habían comenzado a tener respuestas, volvieron a asomarse las presiones de ciertas corporaciones. En octubre de 2010 falleció Néstor Kirchner, y las juventudes parecieron retomar el interés por la participación social y política de modo masivo, de manera especial entre las agrupaciones cercanas al oficialismo. En las elecciones presidenciales de 2011, Cristina Fernández obtuvo el 54,11% de los votos, accediendo así a un segundo mandato. Ya por entonces, las juventudes habían dejado de ser sólo el futuro para volverse actores importantes del presente.

Mientras los medios masivos mostraban la activa movilización juvenil, en especial desde el Frente para la Victoria, identificado como “La Campora”, desde algunos

sectores sociales, políticos y económicos opositores al oficialismo nacional se ha tendido a estigmatizar tal participación del colectivo sociogeneracional. Por otro lado, a partir de la inclusión de importantes temas en la agenda pública, ya sea por la propuesta del oficialismo o por hechos o expresiones de la oposición, también jóvenes de distintos sectores políticos fueron convocados por los medios audiovisuales a manifestar sus opiniones.

El ámbito que tradicionalmente se ha vinculado de modo muy estrecho con las juventudes, el universitario, si bien no mostraría una participación con la misma ebullición que caracterizó al período alfonsinista, continúa convocando a los jóvenes. En 2012 se creó la FUA de los Estudiantes, como una escisión de la FUA (Federación Universitaria Argentina) tradicional. El argumento que expresaron los estudiantes fue marcar las diferencias y desacuerdos con la conducción del organismo de representación estudiantil universitaria conducido por Franja Morada. La federación alternativa convocó a la elección de autoridades para su sector en 2013.

El caso de San Luis

En el Informe sobre juventudes en Argentina: estado del arte en ciencias sociales se advertía en el país “Escasez de investigaciones de alcance nacional. Se observa una concentración de estudios sobre la ciudad de Buenos Aires (ex Capital Federal) y el Área Metropolitana de Buenos Aires (principalmente lo que clásicamente se conoce como primero y segundo cordón)” (Chaves, 2006: 43). Al respecto, vale mencionar que en las provincias de San Juan, Mendoza y San Luis, a partir del año 2000 comenzaron a difundirse estudios sobre las culturas juveniles que realizaron diversos equipos de investigación en el ámbito de las universidades públicas de esa región.

Desde el año 2001 se constituyó en el ámbito de la Facultad de Ingeniería y Ciencias Económico-Sociales (UNSL) el grupo de investigación que se dedicó al análisis y estudio de las *Culturas Juveniles Urbanas*. El objetivo general del citado proyecto fue: estudiar las significaciones culturales de la juventud urbana en la ciudad de Villa Mercedes y los modos de construcción de la vida cotidiana.³ Esta temporalidad en la

³ El proyecto de investigación continúa con sus actividades hasta la actualidad. Ha integrado investigadoras de diversas disciplinas de las ciencias sociales, lo cual favorece el análisis de la

investigación y el colectivo sociogeneracional incluido permitió conocer a integrantes de una generación que nació y creció en tiempos en que los representantes de la familia Rodríguez Saá fueron figuras centrales.

San Luis es una de las provincias consideradas pequeñas por la población que posee, la cual –de acuerdo con los datos del Censo Nacional 2010– supera los 400.000 habitantes. Hasta la década de 1970 fue considerada, desde el punto de vista económico, una provincia agrícola ganadera, con una fuerte presencia del empleo público. Durante la década citada, esta provincia, junto a Catamarca y La Rioja, fueron favorecidas con importantes medidas del gobierno nacional a través de lo que se denominó Acta de Reparación Histórica. El sentido de dicha Acta era expresar el reconocimiento de la nación a dichas provincias por el aporte en la etapa de formación de la república. En los hechos, las medidas del gobierno nacional se tradujeron en la Ley de Promoción Industrial (Ley 22.072/82), que impulsó la instalación de plantas industriales en San Luis. Durante la década de 1980 se inauguraron los parques industriales de Villa Mercedes y San Roque. A partir de entonces se comenzó a observar en la provincia, y en particular en las ciudades mencionadas, un activo movimiento de personas de diversos lugares del país que llegaban motivadas por la posibilidad de contar con empleo. Esta situación fue modificando la vida cotidiana citadina, hecho que se vería reflejado, con el paso de los años, en sus costumbres.

Desde la perspectiva sociocultural –y en este tema radica una de las cuestiones importantes que influyeron en la construcción de la identidad colectiva–, tanto para sus habitantes como para el resto del país, se había percibido hasta entonces a la provincia de San Luis como un territorio “de paso” hacia lugares de mayor desarrollo económico; también en su aspecto arquitectónico y urbanístico mostraba características propias de una ciudad de llanura sin ningún atractivo en su diseño. Esta situación junto a sus mitos fundantes pasaron a ocupar un papel central en la construcción del discurso político que se inició a partir de la democratización ocurrida en el país desde 1983. De modo similar a otras provincias, San Luis ha presentado en sus conducciones políticas características de cierto feudalismo; y desde 1983 hasta 2011 el poder político provincial fue ocupado por representantes de una misma familia: Rodríguez Saá, primero Adolfo y luego Alberto. Con diferencias propias de sus respectivas personalidades, mostraron

información y la comprensión del fenómeno. Desde el inicio, la dirección del equipo es responsabilidad de Graciela Castro.

coincidencias en la cultura política de la provincia: tanto en la fuerte inserción, más allá de la presencia física, de ambos políticos, como en la construcción de un estilo de gobierno. Durante este periodo se realizaron transformaciones edilicias, hasta la construcción de estadios y monumentos.

Con el regreso a la democracia, el Estado argentino definió los espacios institucionales destinados a las juventudes. En ese sentido, durante el gobierno de Raúl Alfonsín se creó el Área de Juventud dependiente de la Secretaría de Desarrollo Humano y Familia del Ministerio de Salud y Acción Social de la Nación. En 1987 se organizó la Subsecretaría de la Juventud dentro del mismo espacio institucional. En 1989 se reemplazó por la Dirección Nacional de la Juventud; en 1990 se convirtió en Secretaría, luego en Área de Juventud y, en julio de 1990, en Instituto Nacional de la Juventud. Este Instituto fue disuelto en 1993 y reemplazado por la Subsecretaría de la Juventud, aunque ya en el ámbito del Ministerio del Interior. El recorrido institucional concluyó en el año 2000 cuando, a través del Decreto Presidencial 677, se creó la Dirección Nacional de Juventud, en el Ministerio de Desarrollo Social y Medio Ambiente, hoy Ministerio de Desarrollo Social (Balardini, 2002), cuya función es colaborar en el diseño, fortalecimiento y coordinación de políticas públicas de juventud. La creciente preocupación que se observa en las políticas nacionales en relación con las juventudes es diametralmente opuesta en la vida institucional de San Luis. Esta provincia no cuenta con políticas sociales específicas para dicho colectivo sociogeneracional ni tampoco se observa en los diversos organigramas de los ministerios la inclusión de ese grupo.

Una línea de investigación derivada de los proyectos de investigación citados en el párrafo inicial de este apartado⁴ permitió conocer que en el ámbito de la provincia de San Luis, desde el regreso a la democracia en 1983 hasta la actualidad, no se considera a las juventudes como sujeto político y, por consiguiente, no se definen políticas ni estrategias tendientes a su involucramiento institucional. Si bien no hay obstrucciones para el ejercicio de los derechos políticos –que como ciudadanos deben ejercer a través del voto–, desde el poder provincial no se plantean políticas sociales que aporten al desarrollo cultural, social y personal de los jóvenes para que cuenten con herramientas cognitivas y actitudinales que favorezcan un pensamiento crítico y acciones de

⁴ La referencia corresponde a la investigación que se enmarcó en la tesis de doctorado de Graciela Castro bajo el título “Los jóvenes y la vida cotidiana. Construcción de la subjetividad y la identidad social en sociedades con cambios socioculturales”.

empoderamiento ciudadano. Esta falta de involucramiento hacia las juventudes no sólo puede observarse en el oficialismo provincial, ya que en otros partidos políticos tampoco se percibieron espacios destinados al colectivo sociogeneracional. Los ámbitos que muestran presencias juveniles corresponden a la universidad y los agrupamientos políticos sin vinculación con los partidos tradicionales.

La encrucijada juvenil

En Argentina, durante la segunda mitad del siglo XX y la primera década del XXI, las juventudes han sido actores importantes en la vida ciudadana, ya sea por ser estigmatizados como peligrosos por la dictadura, expulsados de la vida en sociedad por el neoliberalismo o convocados a participar por los gobiernos democráticos post dictadura. Para algunos partidos políticos, al menos desde el discurso, el colectivo sociojuvenil suele ser el objetivo de sus convocatorias. Por otro lado, la sociedad capitalista, a través del mercado, también dirige su atención a las juventudes, motivando el consumo hasta mercantilizar las relaciones personales. De tal manera, la vida cotidiana se va construyendo en la encrucijada entre el ejercicio de la ciudadanía y el deleite del consumo.

La ciudadanía se vincula con el ejercicio de los derechos políticos y sociales. El aprendizaje de estos derechos está estrechamente relacionado con la influencia de las instituciones dominantes de una sociedad. Desde la familia, pasando por las instituciones educativas, políticas, culturales y sociales, cada una de ellas crea espacios para la participación ciudadana. Por consiguiente, los partidos políticos, las asociaciones vecinales, los grupos religiosos, los deportivos y los que corresponden a las organizaciones no gubernamentales, constituyen los espacios sociales aptos para el ejercicio de la ciudadanía, con las lógicas diferencias en sus intereses y funcionamiento. Desde el plano ideal se supone que en los grupos mencionados los intereses puestos en juego deberían superar la preocupación individual en pos de intereses colectivos. De esta manera, la participación en esos grupos implica también formar parte de la planificación y toma de decisiones. La confianza, el compromiso y la cooperación constituyen aspectos sustanciales en ese proceso de aprendizaje social, y las instituciones dominantes han sido quienes históricamente, a través de sus

organizaciones, brindaron los espacios apropiados para la conformación de las identidades sociales.

Tal como afirman Hardt y Negri (2006), las transformaciones sociales producidas en la globalización no sólo han otorgado un papel central a organismos financieros internacionales, sino que el sujeto político que se ha construido también está atravesado por los reclamos de una sociedad disciplinaria que construye dispositivos de control que regulan los comportamientos y las costumbres. Así, los sistemas de comunicación apelan a regular los cerebros por intermedio de los mensajes y realidades que construyen y difunden ellos, mientras que las actividades controladas y de asistencia social ejercen el dominio de los cuerpos. De modo tal que la posibilidad de la autodeterminación se ve enfrentada por los dispositivos que tienden a la alienación y coarta la creatividad.

En el primer apartado de este texto se afirmó –retomando expresiones de Ágnes Heller– que la vida cotidiana era el centro de la historia. El significado de esta aseveración se refleja en las palabras de la propia Heller, cuando expresa: “Toda gran hazaña histórica concreta se hace particular e histórica precisamente por su posterior efecto en la cotidianidad” (1985: 42). Por consiguiente, los hechos y situaciones que se observan a través de la historia afectan el modo en que cada sujeto construye su vida cotidiana. Si, como se definió en este texto, la vida cotidiana es “la esfera donde se conjugan elementos propios y externos a cada persona y en la que se construye la identidad social y la subjetividad” (Castro, 1999), y dicha esfera no está fuera de la historia, es esperable que también la construcción de la identidad social y la subjetividad sientan la influencia de los hechos que suceden a lo largo de la historia. Al mismo tiempo, en la construcción de ambos elementos constitutivos hay una fuerte presencia del contexto social, donde el papel de las instituciones dominantes –con sus modificaciones a través del tiempo–, a la par de sus discursos, las prácticas políticas, mediáticas y tecnológicas, regulan las relaciones sociales y las prácticas culturales.

Si retomásemos el comentario efectuado al inicio del presente texto –en cuanto a la apelación de los jóvenes por ser protagonistas del presente y no promesas para el futuro–, pareciese que el presente les propone una encrucijada: ser sólo meros consumidores o ciudadanos críticos y con capacidad de empoderamiento. No se trata de que las juventudes se transformen en anacoretas en medio de un tiempo histórico con culturas y costumbres que superan las fronteras geográficas y estímulos que vuelven a

todos los sujetos hiperconectados y atentos al consumo, no sólo como posesión sino como distinción social. Lo ideal sería no entrapar su vida cotidiana en la alienación del consumismo y el desencanto y la apatía ciudadana.

Si se acuerda con Heller al identificar la vida cotidiana como *el centro de la historia*, ya se describió de modo sucinto en el apartado anterior la situación de las juventudes en la Argentina contemporánea. En aquella referencia se procuró poner de relieve la vinculación entre los distintos momentos históricos del país y los jóvenes, la influencia del contexto en la construcción de la subjetividad y la identidad social del colectivo sociogeneracional. Es indudable que ha sido mayor el tiempo en el cual los jóvenes han sido objeto de violencias institucionales y simbólicas más que ciudadanos con posibilidades de empoderamiento. La búsqueda de esta última opción está íntimamente vinculada con los hechos y situaciones que suceden en el contexto social. De allí que no pueda pensarse en cambios que estén desligados de un contexto social, económico y político nacional y aun internacional, teniendo en cuenta la incorporación de los avances tecnológicos en la vida cotidiana. Desde lo cultural y lo político, tampoco puede pensarse en procesos de singularización de los sujetos si las instituciones dominantes no son capaces de construir relaciones sociales autónomas y creativas. La singularización puede asimilarse a lograr la autonomía de la vida cotidiana. Este proceso deviene esencial para advertir y desarrollar dispositivos que permitan enfrentar el disciplinamiento y control que exhiben las instituciones dominantes.

Vale recurrir a Guattari cuando afirma que

tendremos que reconocer que el enemigo no está únicamente bajo los imperialismos dominantes. Está también en nuestros propios aliados, en nosotros mismos, en esa insistente reencarnación de los modelos dominantes, que encontramos no sólo en los partidos más simpáticos o en los líderes que nos defienden de la mejor manera posible, sino también en nuestras propias actitudes y en las más diversas ocasiones. (2006: 63)

A partir de esta mirada teórica, es indudable que emergen dos instituciones dominantes con amplias posibilidades de colaborar en el logro de la singularidad o autonomía de la vida cotidiana de las juventudes: la familia y la educación. Más allá o junto a las modificaciones y crisis que afrontan ambas instituciones, es innegable el peso que ambas tienen en la construcción de la subjetividad y la identidad juvenil (Castro, 2012).

Sería erróneo entender que la influencia de ambas instituciones queda reducida al ámbito privado. Ambas están atravesadas –con las diferencias que devienen de su función social– por obligaciones y hasta políticas que provienen del mundo público. Por consiguiente, en el proceso de singularización o autonomía de la vida cotidiana de los jóvenes hay una influencia particular de las instituciones dominantes. En el escenario que ellas construyen bajo la influencia del contexto social, el colectivo sociojuvenil podrá ser protagonista del presente, ejerciendo su empoderamiento ciudadano, y dejar sólo en el discurso de algunos dirigentes políticos y el marketing del consumo la apelación a ser bellas promesas para el futuro.

Bibliografía

Alford, R. y R. Friedland (1991). *Los poderes de la teoría. Capitalismo, Estado y democracia*. Buenos Aires: Manantial.

Alvarado, S. V. y P. A. Vommaro (comps.) (2010). *Jóvenes, cultura y política en América Latina: algunos trayectos de sus relaciones, experiencias y lecturas (1960-2000)*. Rosario: Homo Sapiens-CLACSO.

Arriondo, L. (2011). “Universidad y Política: el movimiento estudiantil en los 80”. En: *La revista del CCC*, N° 11. Disponible en: <http://www.centrocultural.coop/revista/exportarpdf.php?id=209>.

Balardini, S. (2002). *Jóvenes, tecnología, participación y consumo*. Disponible en: <http://www.clacso.org/wwwclacso/espanol/html/biblioteca/fbiblioteca.html>.

Bauman, Z. (1999). *La globalización. Consecuencias humanas*. Brasil: Fondo de Cultura Económica.

Bourdieu, P. (1990). *Sociología y cultura*. México: Grijalbo.

Bourdieu, P. y J.-C. Passeron (2003). *Los herederos. Los estudiantes y la cultura*. Buenos Aires: Siglo veintiuno.

Braslavsky, C. (1986). *La juventud argentina: informe de situación*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Castells, M. (1997). *La era de la Información. Vol. 1 La sociedad red*. España: Alianza.

— (1998). *La era de la Información. Vol. 2 El poder de la identidad*. España: Alianza.

— (1998). *La era de la Información. Vol. 3 Fin de milenio*. España: Alianza.

- Castoriadis, C. (1993). *El mundo fragmentado*. Montevideo: Altamira.
- (1993). *La institución imaginaria de la sociedad*. Vols. 1 y 2. Buenos Aires: Tusquest.
- Castro, G. (1999). *La vida cotidiana como categoría de análisis a fin de siglo*. Mimeo.
- (2000). “Cultura política en la cotidianidad de fin de milenio”. En: *Kairós*, Año 4, N° 6. Disponible en: <http://www.revistakairos.org>.
- (2003). “Culturas juveniles urbanas”. Primer congreso internacional “La cultura de la cultura en el Mercosur”. Salta, Argentina.
- (2005). “Los jóvenes y la vida cotidiana: elementos y significados de su construcción”. En: *Espacio Abierto. Cuaderno Venezolano de Sociología*, Vol. 14, N° 1. Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx>.
- (2010). “Los jóvenes en la vida institucional. Más allá del clientelismo y el espectáculo”. En: Saintout, F. (comp.). *Jóvenes argentinos: pensar lo político*. Buenos Aires: Prometeo.
- (2012). *Los jóvenes y la vida cotidiana: Construcción de la subjetividad y la identidad social en sociedades con cambios socioculturales*. Tesis de doctorado (inédita).
- Chaves, M. y E. Faur (2006). *Investigaciones sobre juventudes en Argentina: estado del arte en ciencias sociales* La Plata-Ciudad de Buenos Aires, mayo de 2006.
- Deleuze, G. (1999). *Conversaciones –1972-1990–. Post-scriptum sobre las sociedades de control*. Valencia: Pre-textos.
- Deleuze, G. y F. Guattari (1995). *El Anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Buenos Aires: Paidós.
- Di Tella, T., P. Gajardo, S. Gamba y H. Chumbita (1989). *Diccionario de ciencias sociales y políticas*. Buenos Aires: Puntosur.
- Featherstone, M. (2000). *Cultura de consumo y posmodernismo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Foucault, M. (1996). *Las redes del poder*. Buenos Aires: Almagesto.
- García Canclini, N. (1995). *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México: Grijalbo
- Giddens, A. (1994). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza.
- (1995). *La modernidad e identidad del yo*. Barcelona: Península.

- Guattari, F. y S. Rolnik (2006). *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Heller, Á. (1985). *Historia y vida cotidiana. Una aportación a la sociología socialista*. México: Grijalbo.
- (1987). *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Península.
- (1994). *La revolución de la vida cotidiana*. Barcelona: Península.
- (1994). *Políticas de la posmodernidad. Ensayos de crítica cultural*. Barcelona: Península.
- Informe Regional sobre Desarrollo Humano para América latina y el Caribe (2010). *Actuar sobre el futuro: romper la transmisión intergeneracional de la desigualdad*. Costa Rica: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo-PNUD.
- Juventud e Integración Sudamericana (2007). *Caracterización de situaciones tipo y organizaciones juveniles. Informe nacional de Argentina*. Buenos Aires: Fundación SES.
- Lechner, N. (1980). *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- (1987). “El realismo político: una cuestión de tiempo”. En: *¿Qué es el realismo en política?* Buenos Aires: Catálogos
- Negri, A. y M. Hardt (2006). *Imperio*. Barcelona: Paidós.
- Organización Iberoamericana de Juventud (2008). Documento de Trabajo: *Nuevos desafíos con las y los jóvenes de Iberoamérica*. Madrid.
- Prigogine, I. (1996). *El fin de las certidumbres*. Santiago de Chile: Andrés Bello.
- Prigogine, I. e I. Stengers (1990). *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*. Madrid: Alianza.
- Reguillo Cruz, R. (2003). “Ciudadanía Juveniles en América Latina”. En: *Ultima Década*, N° 19. Viña del Mar, Chile.
- Schütz, A. (1993). *La construcción significativa del mundo social*. Barcelona: Paidós.
- Veza, E. y F. Bertranou (2011). *Un nexos por construir: jóvenes y trabajo decente en Argentina. Radiografía del mercado de trabajo y las principales intervenciones*. Buenos Aires: Oficina de País de la OIT para la Argentina.
- Wolf, M. (1988). *Sociologías de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra.
- Wortman, A. (coord.) (2003). *Pensar las clases medias. Consumos culturales y estilos de vida urbanos en la Argentina de los noventa*. Buenos Aires: La Crujía.